

# Bibliografía

---

## LA COMPONENTA COMO CATEGORÍA HISTÓRICA

---

Timothy E. Anna, *La caída del gobierno español en la ciudad de México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981, 253 páginas.

Este libro constituye un esfuerzo por analizar la lucha de la independencia de México. Se da particular atención al estudio de la causa de la derrota realista en su centro de poder económico y político: la ciudad de México.

Ya desde el prefacio, el autor (profesor de la Universidad de Nebraska) establece los objetivos centrales de la obra:

En primer lugar, demostrar que la caída del gobierno español en la ciudad de México, después de 300 años de “legitimidad y

autoridad”, se debe más al debilitamiento de la élite económica y gobernante que a la acción de los rebeldes.

El segundo objetivo, derivado del anterior, es demostrar que la culminación de la independencia en 1821 no puede caracterizarse ni como revolución triunfante, ni mucho menos como una contrarrevolución con respecto a los objetivos inicialmente planteados por Hidalgo y Morelos, tal como señalan Luis Villoro y Romeo Flores Caballero.

Para el autor, por tanto, la solución iturbidista de 1821 fue “primero, y ante todo, una componenda en gran escala de los objetivos de los antiguos rebeldes con las metas más limitadas de la élite”.

Para fundamentar tan novedosas hipótesis, el profesor Anna desarrolla una extensa y bien sustentada argumentación a lo largo de dos grandes partes: “El triunfo de la guerra” y “La pérdida del país”.

En la primera parte se incluyen siete capítulos. El primero, intitulado "Esta nobilísima ciudad", se dedica a describir, de una manera general, las características socioeconómicas de la población capitalina. El objetivo es establecer la composición regional de clases como un reflejo de la existente en Nueva España. Así, Anna hace la siguiente propuesta de estratificación: administrativa real y élite extranjera, élite local, pequeña burguesía y pobres.

El autor acepta que su propuesta es una variante de la hecha por Villoro en su conocida obra sobre el proceso de independencia. Las variantes introducidas tratan de ajustarse al esquema de hipótesis manejado por el profesor de Nebraska; en él, las causas fundamentales de la caída del gobierno imperial en la Nueva España radicarán no en los "factores externos" (entre los que incluye las rebeliones de Hidalgo y Morelos) sino, sobre todo, en las contradicciones entre la élite extranjera y la local.

En este primer capítulo, el mayor mérito del autor es el de cuestionar la validez de aquel esquema analítico que atribuye la causa fundamental de la independencia al enfrentamiento entre criollos y "gachupines".

Con argumentos sólidos, se demostrará que entre la élite local, formada por criollos y mestizos, también existían partidarios de continuar bajo la férula del Imperio español, y cuyo mayor radicalismo era aspirar a la autonomía, que no a la independencia de la Nueva España.

Sin embargo, el elemento anterior no se lleva a sus últimas consecuencias debido a que el autor tiende a no tomar en cuenta cuál es el origen económico de esas tendencias clasistas.

En efecto, su caracterización socioeconómica de la población de la ciudad de México se centra en elementos demográficos y étnicos. Así, le falta analizar la importancia de la capital como urbe cohesionadora de los intereses económicos de comerciantes y mineros peninsulares y criollos que constituían el grueso de la clase dominante, así como las interrelaciones y contradicciones de éstos con la burocracia imperial.

Es decir, no hay una explicación amplia de los mecanismos económicos y sociales que permitían el funcionamiento de una ciudad como la de México, considerada la más importante de la América española. De ahí que, cuando el profesor Anna habla de las diversas clases, no menciona las condiciones objetivas que les dan origen, ni cuál era su conformación real en una sociedad que, como la novohispana —al impulso del proceso de acumulación primitiva de capital—, estaba en pleno tránsito de una sociedad de castas a una de clases.

En los seis capítulos restantes de la primera parte, el autor analiza las que considera fueron las principales amenazas contra el gobierno español en la ciudad de México de 1810 a 1821. Las señaladas por Anna, en orden jerárquico, son las siguientes:

- La autonomía de la Nueva España con respecto a la Corona, planteada por la élite local.
- Las insurrecciones armadas de Hidalgo y Morelos.
- La situación existente en España a raíz de la lucha entre

liberales y monárquicos, en torno a la vigencia y derogación de la Constitución después de la restauración de Fernando VII.

- El problema del abastecimiento de la ciudad de México en las condiciones de guerra, agravadas por la gran epidemia de 1813.

La lógica utilizada por el autor para vincular estos cuatro elementos con los objetivos centrales del libro se sintetiza en los siguientes puntos:

1) Para el autor, las fuerzas políticas dominantes en la ciudad de México son la élite extranjera y la local. Por ello, el peligro mayor para el gobierno imperial en la Nueva España no fue la rebeldía de Hidalgo y Morelos, sino el afán de autonomía de sectores importantes de la élite local y de la pequeña burguesía, posición ya manifestada desde 1804 después de la "consolidación de vales" y que seguiría presente en la revuelta de Primo Verdad (1808) y en las sucesivas elecciones para el Ayuntamiento que se celebrarían antes de la derogación de la Constitución en 1816.

2) Por lo anterior, escribe Anna, las rebeliones armadas de Hidalgo y Morelos realmente nunca tuvieron eco en la capital. En su momento más tórrido, al encontrarse Hidalgo y sus fuerzas a las puertas de la ciudad, la población cierra filas en torno al Virrey y se declara abiertamente monárquica, posición adoptada aun por los sectores autonomistas. De ahí que Hidalgo no se decidiera a tomar la ciudad de México.

3) Así, el factor mencionado permitió que el gobierno colonial conservara su autoridad hasta 1816. A partir de este año, la situación política que se vivía en España, caracterizada por el retorno de Fernando VII al gobierno y por la derogación de la Constitución, aunada a los problemas económicos a los que se enfrentaba la Nueva España, harían que poco a poco tanto la élite local como la extranjera fueran planteando la necesidad de un proyecto político distinto al radical de Morelos y al absolutista de los monarquistas peninsulares, tercera opción que encontrarían en la "componenda" de Iturbide.

Precisamente en el último capítulo de la primera parte, y en los dos que conforman la segunda, el autor analiza el contenido de esta tercera opción que se manifestaría como hegemónica en el proceso de consumación de la independencia.

Según Anna, el "sorpresivo viraje" en la posición política de Iturbide condensaba la desilusión de los miembros de la élite criolla ante todo lo hispano, así como su rechazo a un movimiento radical que, teniendo sus orígenes en Hidalgo y Morelos, encontraba un último bastión —sumamente debilitado— en la lucha de Vicente Guerrero.

Por ello, la consumación de la independencia, según el autor, es producto de la componenda que se deriva de la propia debilidad de la Corona y de la élite extranjera, ya que en 1820 el gobierno español en México tenía excelentes probabilidades de subsistir después de haber sorteado el período de inestabilidad que va de 1810 a 1816.

Algunas reflexiones en torno a estas afirmaciones del autor son las siguientes:

Resulta inexacto plantear que la situación política del país y de la capital en 1820 hubiera permitido un largo período de estabilidad al gobierno colonial, de no haber sido por la componenda de Iturbide.

En primer lugar, parece poco probable que —tal como afirma Anna— la ciudad fuera abierta y mayoritariamente promonárquica.

Las muestras de resistencia al gobierno colonial que se hacen patentes desde 1808, y que el propio autor describe, si bien encabezadas por autonomistas, no significan otra cosa que el rechazo popular a la política de la Corona, cuestión por demás clara en las elecciones para renovar el Ayuntamiento en 1814 y 1815, en las que resultaron elegidos elementos partidarios de la autonomía y de la independencia.

Lo que en el fondo sucede es que el autor, al considerar los movimientos de Hidalgo y Morelos como “factores externos”, pierde de vista las interrelaciones de las diversas fuerzas políticas de la época, sus alianzas y la manera en que éstas determinan las particularidades de la consumación de la independencia.

Por eso mismo, el autor no le da importancia alguna a la participación de los herederos políticos de Hidalgo y Morelos en el proceso de consumación. Si bien es importante desmitificar lo sucedido en 1821, para no sobrevalorar el papel desempeñado por Guerrero, entendiendo las motivaciones políticas y sociales que lo llevaron a establecer una alianza como la plasmada en el Plan de Iguala, no es justo borrar de un plumazo —tal como lo hace Anna— la importancia de un movimiento regional de la envergadura del de Vicente Guerrero, sobre todo cuando el problema del regionalismo político y económico de este país sería una de las constantes en el período que va de 1821 a 1876.

Asimismo, el autor no se plantea otros acontecimientos externos que modificarían la correlación de fuerzas en el país y que no forzosamente tendrían como cuna a España. Entre ellos, tenemos los movimientos ya triunfantes de independencia en otros países hispanoamericanos y la consolidación del capitalismo y de la revolución industrial en Inglaterra y Francia, cuestión que volvería completamente obsoleto un sistema imperial como el español.

Así, al no interrelacionar los diversos factores y fuerzas políticas presentes a lo largo de la lucha por la independencia, el autor tiene que recurrir a una categoría ahistórica como es la de la “componenda en gran escala” promovida por la élite a través de Iturbide.

Si bien se puede utilizar el término componenda para caracterizar la posición adoptada por el futuro primer emperador de México, no es correcto darle al propio hecho una validez científica que no tiene.

Es decir, la actitud oportunista de Iturbide se explica no sólo por sus características personales, sino por el conjunto de antecedentes históricos previos a 1821, los que —a pesar de ser tocados por Anna— no se tratan como un todo en el libro.

Sin embargo, considero que esta obra, por la información

que contiene y por lo novedoso de algunas de sus tesis, que tienden a desmitificar ciertos valores tradicionalmente manejados por los historicistas mexicanos, es de consulta obligada para cualquier estudioso de nuestro pasado. □

Ricardo Gamboa Ramírez

## URUGUAY: UNA HISTORIA ECONÓMICA ACTUAL

M.H.J. Finch, *A Political Economy of Uruguay since 1870*, Macmillan, Londres, 309 páginas.

En una nota reciente<sup>1</sup> se comentó la edición montevideana del libro de H. Finch que aborda la historia de la economía uruguaya durante el siglo comprendido entre 1870 y 1973. Acaba de aparecer la muy cuidada edición británica de la misma obra. Algunas modificaciones incluidas en ésta obligan a ampliar el anterior comentario. Si bien los capítulos fundamentales mantienen el mismo contenido, se deben marcar dos diferencias importantes:

1) El libro se ha organizado ahora de una manera que revela, por su forma misma, algunas de sus líneas explicativas centrales: se ha ubicado el capítulo referente a la población y la sociedad (cap. 2 en esta edición<sup>2</sup>) antes de todo el desarrollo del análisis económico —introduciendo así un marco descriptivo e hipotético sobre la estructura social que influye en y permite ordenar muchas de las explicaciones posteriores—; se ha partido el capítulo sobre el comercio exterior para repartirlo en uno referente a las exportaciones y la industria de la carne (cap. 5) —conexión obvia pero no por ello menos sustantiva en la elucidación del funcionamiento de la economía— y otro relativo a las importaciones y la industrialización (cap. 6); para terminar, se ubicó como penúltimo el capítulo de la crisis económica del período 1955-1970 (cap. 8), que anuda y sintetiza las tendencias descritas y explicadas durante todo el libro.<sup>3</sup>

2) Se ha agregado un capítulo final sobre el régimen militar y la evolución económica bajo su influencia después de 1973.

Esta adición constituye una novedad en la historiografía económica uruguaya de los últimos años. Excepto un trabajo de hace algo más de un año, resultado de una investigación con objetivos distintos de los propiamente históricos, escrito por Danilo Astori y Daniel Gazcue,<sup>4</sup> que incorpora un largo capítulo titulado “El proceso económico uruguayo durante el período 1963-1979”, no hay análisis ni interpretaciones que integren de manera global los cambios económicos de los años recientes y

1. Véase “Una historia concreta del Uruguay contemporáneo”, nota bibliográfica de Martín Puchet sobre la obra de Henry Finch, *Historia económica del Uruguay contemporáneo*, en *Comercio Exterior*, vol. 32, núm. 3, México, marzo de 1982, pp. 315-318.

2. Este capítulo era el último en la edición uruguaya.

3. Los capítulos correspondientes eran el V, “El comercio exterior”, el IV, “La industrialización”, y el II, “La crisis económica”.

4. *Estilo de desarrollo, mercado de trabajo y evolución demográfica: un modelo de experimentación numérica para el caso uruguayo* (mimeo), CIEDUR-PISPAL, Montevideo, 1981.

la evolución de las tendencias estructurales. Está claro que hay muchos artículos y monografías que enfocan aspectos parciales de la situación económica posterior al golpe de estado y de la política económica por él inaugurada, pero éstos no se vinculan a un esfuerzo de reconstrucción histórica completa. Una recopilación extensa, aunque no exhaustiva, de esta producción monográfica — sobre todo de la muy prolifera elaborada dentro del país— está contenida en la investigación mencionada.

La información estadística del último capítulo de Finch, conjuntamente con la contenida en esta investigación, constituyen, a su vez, las más completas sistematizaciones del acervo cuantitativo existente sobre el funcionamiento económico uruguayo de 1973 a 1979, desde una óptica distinta de la de los organismos gubernamentales. Esa recopilación de aportes recientes y esta información estadística pueden conformar las fuentes necesarias para la creación historiográfica que se emprenda en el futuro.

Interesa resumir y comentar aquí, dada la novedad, algunos aspectos del último capítulo de Finch. Se inicia con una breve reseña de los acontecimientos militares y políticos previos al golpe de 1973. Se verifica la participación creciente que fueron adquiriendo las fuerzas armadas en la vida política del país, predominantemente desde 1972, y su agrupamiento en fracciones o corrientes que en el plano político cristalizaron alrededor de las opciones llamadas “legalista” — continuadora de la institucionalidad existente— y “rupturista” — partidaria de abolir el orden político vigente y sustituirlo por otro inspirado en la ideología de la seguridad nacional. En el plano económico, las fracciones se reunían, por un lado, en torno a un conjunto de planteamientos pretendidamente peruanistas que fundamentaban un reformismo confuso con tintes de dirigismo estatal y mesianismo militar y, por otro, en posiciones inclinadas a adoptar las orientaciones promovidas por los que en aquellos días dirigían la culminación del “milagro brasileño”. Sobre este telón de fondo se describen los acontecimientos militares de febrero de 1973. Los objetivos políticos y económicos que las fuerzas armadas expresaron en aquel momento mediante dos famosos comunicados merecen la siguiente consideración del autor: “conforme a la lista aleatoria de propósitos políticos, los comunicados son simplemente un intento de expresión que no se basa en un análisis coherente y sistemático de los problemas nacionales”.<sup>5</sup> A partir de esta indefinición programática y de los crecientes embates de los sectores rupturistas se produce la quiebra institucional de junio de 1973. Finch la interpreta como la solución a que obligó la crisis de hegemonía de las clases capitalistas nativas. El régimen militar descrito en su faz ampliamente represiva es captado también en su necesidad de legitimación. Se observa así que, a pesar de la profusa labor de aplastamiento físico de la oposición, “... cierto tipo de proceso político representativo puede considerarse esencial para la supervivencia del Estado capitalista en el largo plazo, dada la diversa estructura de intereses dentro de la clase capitalista; además, es improbable que aun la oficialidad más conservadora crea que el actual nivel de compromiso político de los militares pueda mantenerse indefinidamente”.<sup>6</sup>

Este marco político, que comprende la vocación de largo

plazo que tuvo la solución militar y su necesidad de consenso, sirve como referencia del análisis posterior. La estrategia económica y su política consecuente reposan en estos rasgos definidores del régimen militar.

La estrategia se inspira en el Plan Nacional de Desarrollo 1973-1977, elaborado por el gobierno civil de Bordaberry. Tal inspiración se debe a que dicho plan es una guía coherente para un equipo nuevo e inexperto de hacedores de política económica como son los militares, y también a que tiene un alto grado de coincidencia ideológica, por sus postulados neoliberales, con la postura antimarxista que unifica a las fuerzas armadas. Partiendo de un diagnóstico que percibe a la economía uruguayo, con su alta protección estatal que ha pervivido, con múltiples variantes, desde el período de la sustitución de importaciones, como perturbadora del objetivo oficial de restaurar el sistema de precios en su función orientadora de la asignación de recursos,<sup>7</sup> se señalan las metas del período. Éstas son: reducir la tasa de inflación en el corto plazo a niveles razonables, que se establecen alrededor de 20% anual, y aumentar las exportaciones y cambiar su composición en favor de las que se producen con materias primas agropecuarias, en el largo plazo.

Enunciada la estrategia, se aprecian los dos aspectos necesarios para aplicarla: la estabilización del nivel de precios y la restructuración que permita la industria exportadora. Esta última buscaba, a su vez, reinsertar al país en la economía mundial de acuerdo con los cambios ocurridos en los mercados exteriores tradicionales.

Las medidas de política económica que se intentaron llevar a la práctica para lograr lo declarado fueron, entre otras, las siguientes: el control de la tasa de crecimiento de la oferta monetaria; la contracción del gasto público, reorientándolo en favor de la inversión; el estímulo de las tasas de ganancia de diferentes actividades mediante la desgravación de rentas personales, dividendos y herencias; la desviación de la presión fiscal que actuaba sobre el comercio exterior hacia el consumo interno por medio del impuesto al valor agregado (IVA) y hacia el sector agropecuario mediante un impuesto sobre la diferencia de productividad respecto a la media potencial de la tierra (Improme); la instauración de un sistema de estímulos a los exportadores, llamados reintegros, que se pagaban a aquellos que vendían productos considerados no tradicionales, y, por último, la liberalización de las tasas de interés.

Los resultados de estas medidas son diferentes con respecto a las dos metas deseadas. En cuanto a la inflación, afirma Finch que, a pesar de ellas, no se ha controlado el proceso desatado de aumento de las cotizaciones. “Las tasas de crecimiento de los precios siguen siendo altas; ha sido necesario, cada cierto tiempo, dar prioridad a medidas antiinflacionarias temporales, con preferencia sobre otros objetivos. No obstante, podría suponerse que el programa de estabilización no ha fallado porque, en parte, el régimen ha sido capaz de utilizar incrementos en el nivel de precios para lograr otro de sus objetivos: una declinación mayor del salario real. Sin embargo, en un sentido más general, esto es erróneo porque divorcia los objetivos de la estabilización y la restructuración.”<sup>8</sup> Y es clara la compatibilidad y simultaneidad que ambos programas tienen en la estrategia global.

5. M.H.J. Finch, *op. cit.*, p. 249.

6. *Ibid.*, p. 251.

7. Confróntese, *ibid.*, p. 254.

8. *Ibid.*, p. 260.

La restructuración, expresada fundamentalmente en un cambio notable de la composición de las exportaciones, ha favorecido sobre todo al grupo de los industriales exportadores y a los banqueros. Empero, no se ha fundado en el papel desempeñado por el mecanismo de los precios en la asignación de los recursos, que ha sido el artículo de fe del régimen,<sup>9</sup> sino en algunas medidas de corte intervencionista, como los reintegros, y en la coerción laboral ejercida por el mismo Estado mediante la represión contra los sindicatos. Mas "...resolver la crisis de la clase capitalista requiere que se establezcan condiciones que alienen la rentabilidad de algunos sectores de la clase y que se reanude el proceso de acumulación".<sup>10</sup> Y esto no lo ha logrado todavía el modelo económico implantado por los militares, ya que mantener las garantías para la apropiación privada de los medios de producción no ha significado, ni tiene por qué significar, una nueva fase de acumulación capitalista.

Una consideración particular merecen en este capítulo el sector agropecuario y la política respectiva, que lo mantuvo al margen de la liberalización hasta 1978. También se evalúan los escasos efectos que tuvo la inversión extranjera (remisa a participar en mercados internos pequeños, pertenecientes a países inestables en lo social y lo político) en el proceso de restructuración. No se analiza en detalle la banca, protagonista central del período, aunque se la señala reiteradamente como el grupo más beneficiado. Cierra el capítulo una presentación de los desacuerdos entre los militares y algunos técnicos de origen civil sobre las orientaciones de la política económica.

Están claramente destacadas en todo este capítulo las relaciones entre política y economía y el papel que las condiciones políticas impuestas después de junio de 1973 tuvieron en el proceso económico. Se impone la transparencia con que se puede ver el tejido social en la crisis y, en el seguimiento de las inflexiones de la política económica, se rescata la relación entre la eficacia hegemónica de la clase capitalista y su supervivencia.

De la misma manera que en todo el libro se abunda en el análisis de la política económica, quizá una mayor información sobre las controversias entre los partidarios de la persistencia de cierta dosis de intervención y los liberales a ultranza hubiese documentado el gradualismo en la aplicación de la estrategia y su imposición a través de los residuos de la ideología batllista, aún presente entre algunos mandos militares.

Las carencias importantes de este capítulo final son la ausencia de una descripción de los movimientos ocurridos en el seno de los capitalistas uruguayos, específicamente las interconexiones generadas a partir de la banca y la erección de sus propietarios en los dirigentes de la clase dominante, así como la comprobación concreta de su influencia creciente en la formulación de la política económica.

Para concluir, creo que es importante una reiteración: el acervo de datos contenidos en el capítulo, su análisis y la valoración, a partir de ellos, de estos años cruciales para Uruguay son una referencia importante no sólo para estudiar y comprender lo sucedido. También lo son para ahondar una discusión

creadora que analice las opciones de política económica que deberá adoptar todo gobierno que intente rehacer el país con objetivos nacionales y populares. □

Martín Puchet

## EL TERROR COMO PARTE DE LA VIDA DIARIA

Noam Chomsky y Edward S. Herman, *Washington y el fascismo en el Tercer Mundo*, traducción del inglés de Rosa Molina, Siglo XXI Editores, México, 1981, 481 páginas.

En este primer tomo de una obra más amplia, los autores se proponen describir y examinar la relación de Estados Unidos con los llamados países clientes. Los países clientes son aquellos en donde Estados Unidos tiene poderosas inversiones y en consecuencia le interesa preservar "la paz y la prosperidad".

El libro se basa fundamentalmente en el análisis y descripción de dos aspectos del problema:

1) Los hechos reales: el sistema organizado por Estados Unidos "bajo su patrocinio y protección", es decir, "un sistema neocolonial de estados clientes gobernado principalmente mediante el terror y al servicio de los intereses de una reducida élite local y extranjera negociante y militar".

2) La creencia o ficción ideológica de que Estados Unidos está dedicado "a impulsar la causa de la democracia y los derechos humanos en todo el mundo, aunque ocasionalmente pueda cometer errores en la persecución de este objetivo".

El apoyo fundamental de esta creencia o ficción ideológica es el uso tendencioso de los medios masivos de comunicación, ya sea a través de la propaganda inmoderada de algún suceso que interese resaltar o bien soslayando esa información si así conviene a la preservación de sus intereses.

En una nota introductoria los autores se refieren a las dificultades por las que pasaron para publicar este libro. Tales dificultades se relacionan con este segundo punto, ya que al constituir su trabajo una denuncia sobre el papel de Estados Unidos en la política interna de los llamados regímenes clientes, hubo factores ideológicos que llevaron a la casa matriz de la editorial a impedir la distribución de la primera edición de la obra, pese a que ya estaban impresos 20 000 ejemplares y se había comenzado a hacer publicidad en el *New York Review of Books*. En referencia al primer punto, los autores presentan en un "frontispicio" un esquema muy ilustrativo que ellos denominan el Sol y sus planetas; ahí se enumeran los países que establecen una relación de cliente con Estados Unidos, en este caso por el monto total de ayuda militar recibida en el lapso 1946-1975 y también por el número de personal militar entrenado en Estados Unidos. Desde luego figuran países de América Latina —incluido México—, Europa, Asia y África:

El criterio de inclusión es que sean países en donde existan

9. Confróntese, *ibid.*, p. 261.

10. *Ibid.*, p. 271.

fueres intereses económicos de la potencia imperial y que, en consecuencia, ésta tenga interés en preservar su estabilidad política, aunque para ello se requiera el uso de la tortura y la violación de la democracia y los derechos humanos.

Estados Unidos intenta explicar al mundo y a su propio pueblo por qué interviene en diversas formas —incluyendo desde luego la militar— en otros países a lo largo y ancho de nuestro planeta. Utiliza muchos medios: desde la justificación política y “moral” de defender la libertad y los derechos humanos hasta la tergiversación de la información y el ocultamiento de la verdad.

La manipulación estadounidense de la información lleva a nuestros autores a hablar de una “semántica del terror”. Esto significa que, en su afán de disminuir la distancia entre los hechos y las creencias, Estados Unidos no vacila en clasificar el terror practicado por los gobiernos dependientes como constructivo e incluso como benigno. Estos calificativos, desde luego, se aplican a países “amenazados” por el comunismo, como —por ejemplo— Camboya; en estos casos el uso del terror y la tortura es benéfico o constructivo porque se trata de defender al mundo libre. No sucede así en Timor Oriental, en cuyo caso, para empezar, ni siquiera hay la difusión necesaria; por lo contrario, Estados Unidos da todo su apoyo militar y publicitario al imperialismo local: Indonesia.

Los autores dejan claro a lo largo de su obra, y sobre todo en el capítulo final, que esta manipulación del terror obedece a propósitos tan importantes como conservar un clima de paz y prosperidad, ideal del sistema de libre empresa, y mantener incluso una actitud racista que no se detiene ante las torturas, los “baños de sangre” e incluso el genocidio, como ocurrió en Indochina o en el caso de ciertos indios de América Latina, como los aché, de Paraguay (cap. 3, 3.4.3).

Esta política de terror se practica en todos los países que giran alrededor del gran Sol, aunque la intensidad o la modalidad del “brillo” con que los baña sea diferente.

Así, los autores citan el caso del Cono Sur de América Latina. Ahí, la práctica del terror y la tortura oficiales es ya común y ha dado lugar a una numerosa emigración por razones políticas. Sin embargo, como en estos casos no hay amenaza inmediata de comunismo, el aparato de propaganda disminuye o disimula los hechos.

Es interesante señalar que en dichas prácticas se da un intercambio de “conocimientos”. Así, por ejemplo, se introducen innovaciones tecnológicas en la aplicación de la tortura, como ha ocurrido en Brasil, Argentina, Chile y Uruguay.

El equivalente de estas prácticas en otras latitudes (Indochina, por ejemplo) ha sido probar contra los pueblos toda clase de armas nuevas.

También los “funcionarios” estadounidenses toman nota de los métodos de terror y tortura autóctonos (los estudian, los digieren y asimilan) para propiciar luego procesos de “brasileñización” en otras partes, para alentar y sostener “pinochetazos”, pa-

ra exportar —ellos sí— la subversión y la desestabilización. Un aspecto que a los autores interesa subrayar es que, como parte y como consecuencia de esta manipulación informativa, también se practican en Occidente los lavados de cerebro. Por ejemplo, durante la guerra de Vietnam los estudiantes eran los terroristas, así que los medios de comunicación y el gobierno dedicaban mucha atención a sus movimientos de protesta, presentándolos como depredaciones. También se utilizó este mecanismo de descrédito contra el movimiento pacifista, al que se calificó de violento y destructivo. Tales estratagemas se emplean para distraer a la opinión pública y alejarla de la verdad de los hechos; a corto plazo han resultado exitosas para el imperialismo.

En el libro se muestra cómo la atención de los medios de comunicación se ha dedicado principalmente a destacar las violaciones de los derechos humanos ocurridas al este del Elba, ignorando lo que sucede al respecto en Occidente. Debido a esta manipulación, para los medios de comunicación un disidente soviético vale más que miles de latinoamericanos muertos, desaparecidos o torturados. Las intervenciones de Estados Unidos —económicas, políticas y militares— desatan un proceso recíproco en su propia sociedad, afectándola profundamente. La corrupción que este país introduce en los estados clientes, con el soborno, por ejemplo, supone y requiere también la inmoralidad y corrupción de sus propios dirigentes.

En sentido positivo se puede decir que una parte importante del pueblo estadounidense se da cuenta del papel que su país desempeñó en la guerra de Vietnam y en otras intervenciones. De ahí que, en mayor o menor medida, según circunstancias de cada momento histórico, se hayan dado —y se den— diversos movimientos de protesta. Chomsky y Herman se refieren a la posición que cada ciudadano debe tomar ante la constante violación de los derechos humanos. Señalan que es importante participar en movimientos en pro de esos derechos, procurando hacerlo en aquellos que ofrezcan una perspectiva real de éxito, en el sentido de que los esfuerzos organizados tengan frente a sí un cauce abierto a sus gestiones o movilizaciones o, en todo caso, la posibilidad de abrirlo. También insisten en que no tiene mucho sentido protestar por las violaciones de los derechos humanos en cualquier país situado al este del Elba si, por ejemplo, al mismo tiempo silenciamos o ignoramos la situación imperante en este terreno en nuestro propio país. Como quien dice, que no se vale ser candil en la calle y oscuridad en la casa. . .

Este aspecto, nos parece, convierte al libro reseñado en una obra fundamental en estos tiempos. No se limita a describir pormenorizadamente los horrores, violencias, intervenciones y crímenes (aunque en ese sentido constituye una denuncia excelente de las condiciones y mecanismos que posibilitan y sustentan las constantes violaciones de los derechos humanos), sino que también es un convincente alegato en favor de una necesidad urgente: tomar posición al respecto, asumir un compromiso.

En suma, los autores estudian la formación, en varias partes del planeta, de un mundo neocolonial en donde el terror forma parte de la vida diaria, un inframundo gobernado por un reducido grupo al servicio de los intereses extranjeros y de causas que muy poco tienen que ver con las aspiraciones populares a una vida digna y humana. De todo ello dan numerosos ejemplos que documentan claramente la situación y proporcionan los an-

tedentes, condiciones y resultados de la intervención militar de Estados Unidos.

El conocimiento de estos fenómenos no es nuevo para muchos estudiosos de las ciencias sociales, aunque en la obra cuentan mucho la cantidad y calidad de las pruebas acumuladas. Sin embargo, la aportación de Chomsky y Herman radica, más bien, en que como resultado de un estudio científico serio

se prueba que los medios masivos de comunicación desempeñan un papel fundamental en la conservación de las situaciones descritas de terror y crimen. Es una aportación importante, por si todavía hubiera alguna persona honesta que pensara que, en verdad, Estados Unidos es el guardián de la democracia y los derechos humanos en el mundo. □

Elena Cabello Naranjo

## obras recibidas

Coordinación de Humanidades, Centro de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, y Unión de Universidades de América Latina

*Latinoamérica\** (cuadernos de cultura latinoamericana):

TOMO I (1978)

1. Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, 32 páginas.
2. Arturo Ardao, *La idea de la Magna Colombia. De Miranda a Hostos*, 28 páginas.
3. Francisco Bilbao, *Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas*, 27 páginas.
4. Arturo Andrés Roig, *Los ideales bolivarianos y la propuesta de una universidad latinoamericana continental*, 22 páginas.
5. Justo Sierra, *Inauguración de la Universidad Nacional*, 26 páginas.
6. Darcy Ribeiro, *La cultura latinoamericana*, 31 páginas.
7. José Martí, *Nuestra América*, 14 páginas.
8. Francisco Miró Quesada, *Impacto de la metafísica en la ideología latinoamericana*, 21 páginas.
9. Juan Bautista Alberdi, *Ideas para un curso de filosofía contemporánea*, 15 páginas.
10. Roberto Fernández Retamar, *Nuestra América y el Occidente*, 50 páginas.

TOMO II (1978)

11. Andrés Bello, *Las repúblicas hispano-americanas. Autonomía cultural*, 16 páginas.
12. Augusto Salazar Bondy, *Sentido y problema del pensamiento filosófico hispanoamericano*, 30 páginas.
13. Juan Montalvo, *Ojeada sobre América. Washington y Bolívar*, 20 páginas.
14. René Depestre, *Problemas de la identidad del hombre negro en las literaturas antillanas*, 21 páginas.
15. Alfonso Reyes, *Notas sobre la inteligencia americana*, 17 páginas.
16. Arnold Toynbee, *El Hemisferio Occidental en un mundo cambiante*, 26 páginas.
17. Eugenio María de Hostos, *El día de América. Ayacucho*, 20 páginas.
18. Leopoldo Zea, *América Latina: largo viaje hacia sí misma*, 18 páginas.
19. José Enrique Rodó, *Ariel* (fragmento), 31 páginas.
20. Ernesto Che Guevara, *El hombre nuevo*, 24 páginas.

Garza F., Carlos

*Modelos de promoción social*, Cuadernos del Centro de Servicio y Promoción Social, serie Promoción Popular, núm. 1, Universidad Iberoamericana, México, 1982, 63 páginas.

\* En números sucesivos se incluirá la lista de los 100 títulos recibidos.

Grupo de Investigaciones Agrarias, Academia de Humanismo Cristiano (Santiago de Chile, 1981):

Serie Reproducción de Documentos:

- Núm. 1: Manuel Boquedano M., *¿Qué son las tecnologías apropiadas?*, 13 páginas.  
 Núm. 2: Henk Kieft, *La alternativa biológica-orgánica en la agricultura*, 17 páginas.  
 Núm. 3: *La necesidad de métodos alternativos en el desarrollo*, 14 páginas.  
 Núm. 4: *Elementos de la aplicación de la tecnología apropiada en el desarrollo*, 8 páginas.  
 Núm. 5: *Respuesta a algunas críticas de la tecnología apropiada*, 6 páginas.

Ministerio de Minas y Energía (Brasil)

- Balço energético nacional*, 1980, 102 páginas.  
*Destaques 1978, 1979*, 29 páginas.  
*Destaques 1980, 1981*, 37 páginas.  
*Modelo energético brasileiro* (2a. versión revisada y actualizada), 91 páginas.

Museo de Culturas Populares, SEP, México, 1982:

- Guillermo Bonfil, José Joaquín Blanco et al., *Culturas populares y política cultural*, 141 páginas.  
 Leopoldo Zorrilla Ornelas, *El maíz, fundamento de la cultura popular mexicana*, 114 páginas.  
 Gobi Stromber (coord.), *El universo del amate*, 84 páginas.  
 María Esther Echeverría y Luz Elena Arroyo (comps.), *Recetario mexicano del maíz*, 249 páginas.  
 Mariano López Giménez, *Antiguas representaciones del maíz* (coedición con el Archivo General de la Nación), 89 páginas.

Presidencia de la República

*Quinta Reunión de la República. Memoria*, Coordinación General de Comunicación Social, México, 1982, 408 páginas.

Varios autores

Juan Pablo II. *Sobre el trabajo humano (Laborem Exercens)*. (Texto completo de la encíclica y un comentario desde América Latina), Departamento Ecuménico de Investigaciones, San José, 1982, 96 páginas.

Qi Wen (redactor)

*China* (geografía, historia, política, economía, cultura), Ediciones en Lenguas Extranjeras, Beijing, 1979, 260 páginas.

Zhao Ziyang

*Situación y perspectivas de la economía china*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Beijing, 1982, 125 páginas. □